

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8411

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 20 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores
En su tallo gentil se marchitaron
Ya triste se alejaron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano. Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo
Preludio de catarro..... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Crispulo, mi tío,
Es muy bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sea de lijo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica El Barco de Valencia.

Que se venden en latas iluminadas de 6
paquetes una, desde el precio de 5 reales en
adelante, en todos los ultramarinos de la
provincia de Murcia por el Gobernador Ge-
neral del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dul-
ce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

ESTERAS
30 AIRE 30
GRAN SUFTIDO
NO EQUIVOCARSE
AIRE 30.—TELÉFONO NUM. 127



UN POCO DE VALOR.

Murmurar del prójimo es cosa grata, y
los periodistas adolecemos de este defecto.
Es una enfermedad de clase, difícil de co-
rregir, acaso se inherente al oficio. Ya que
la cosa parece incurable, resignemos y
aguantemos pacientemente. También que-
da otro recurso: murmurar del que mur-
mura, procedimiento tan homeopático co-
mo inofensivo.

Entre las murmuraciones a la moda debe
señalarse la manía de hablar mal de la
Exposición de París, con relación a España,
ó del papel que ha hecho España en la
Exposición de París.

No habremos brillado allí mucho segu-
ramente, sobre todo en la parte que se
refiere al adelantamiento de las artes y de
la industria. De esas cosas andamos mal
de ropa. Pero ¿qué se va a hacer? No te-
nemos más y ofrecemos lo poquísimo que
producimos. El daño no estriba en que
los demás países produzcan que producimos
poco y lo poco malo está en que verda-
deramente nos encontramos en dicha si-
tuación.

Pero las críticas que leen los escri-
tores más lacrimosos, se fundan en la
exhibición que hemos hecho de toreros,
manías, etc., etc. Al llegar a este punto
ponen el grito en el cielo los Sres. D. Luis
Alfonso, redactor de la Epoca y el señor
Castro y Serrano, cronista obligado de la
Ilustración Española y Americana.

El Sr. Alfonso está incansable, y no solo
incansable sino exagerado. No se contenta

con decir que le hemos inundado de fan-
dangos. Serían muchas inundaciones si en
efecto la noticia fuera cierta.

Indudablemente han ido a la capital de
la vecina república algunas muchachas
cantaoras y bailaoras que habrán gustado
más ó menos y habrán bailado de lo lindo;
pero de ahí a suponer que con unas cuan-
tas bailaoras se inunda de fandangos a Pa-
rís, media gran distancia. La hipérbole,
por lo exagerada no puede pasar. Comprén-
dalo así el Sr. Alfonso y en lo sucesivo no
sea tan exagerado.

Viniendo ya al papel que hemos hecho
en París, permítasenos que emitamos una
opinión que difiere un tanto de las que se
van emitiendo por ahí. Si no se nos permi-
te, poco importa, porque de todas maneras
lo hemos de decir.

La fiesta de los toros será buena, ó ma-
la; para nosotros carece de atractivos y
concurrimos a ella poquitas veces. Pe-
ro otros la encuentran divertida y no
pierden una corrida de toros por nada de
este mundo. Así es la mayoría del pueblo
español.

¿Qué quieren esos escritores que lamen-
tan lo ocurrido en París? ¿Qué presentem s
al pueblo español en el extranjero muy
distinto de lo que es en realidad?

Entre los vicios que afligen a la misera-
ble naturaleza humana pocos hay tan
repugnantes como la hipocresía. Al in-
dividuo hipócrita se le rechaza y se le
odia. Lo que es malo para el individuo
cómo ha de ser aceptado y plausible tra-
tándose de una colectividad? Pues los
escritores que lamentan el papel que ha
hecho España en la Exposición francesa,
quieren por lo visto que España sea un
pueblo hipócrita. Bastantes calamidades
afligen a esta patria querida: no deseamos
que tenga una más.

Enhorabuena que los escritores de ma-
rras trinen contra las corridas de toros.
Están dentro de su derecho censurándolas
ó murmurando de ellas como periodistas.
Pero ¿qué asustarse, porque sepan en
París y en Europa que somos un pueblo
torero?

Si la flamencomanía, con ó sin puntas,
es un defecto, combátase duramente, pero
atacando el mal en su raíz. Bien mirado,
los Empresarios que han planteado un
negocio en la capital de la república veci-
na, no merecen censuras. Si les ha salido
bien, merecen elogios; si les ha salido
mal, serán acreedores a compasión. Nada
más.

En cambio, estamos cansados de leer
en los periódicos cómo las más encopeta-
das damas de la aristocracia regalan moñas
para las corridas de toros, y hacen regalos
a los toreros. Que nosotros sepamos, nin-
gún de esos escritores sensibles y anti-
flamencos ha tenido valor para encararse
con tal ó cual excelentísima señora, y
ponerla porque regalan moñas, como digau
dueñas.

Y ahí, ahí es donde quisiéramos ver a
los hombres diciendo verdades a las que
están arriba y ocupan elevadas posiciones.
Meterse con las pobres bailaoras, que,
según el Sr. Alfonso, han inundado de
pandere'tas y fandangos a París, no tiene
gracia.

Ni revela valentía, ni nada que a valentía
se parezca.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número
anterior.

ORINOCO

Charada

Primera y segunda

Hace el labrador

Y la con tercera

Pone el labrador

Y ni todo teje

Sin ser tejedor.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

LAS ACTAS

Hasta hace pocos años, el sable, la espada,
el florete, la pistola, han sido las armas pre-
dilectas, para resolver todo conflicto en que
el honor anduviera por enmedio.

Hoy un pliego de papel lo arregla todo,
dejando honrosamente, a ofendido y agresor.
En vez de hacer constar que el desafiado, eli-
ge el sable, queda sentado que el duelo es a
acta.

Si señor: los padrinos se reúnen; hablan la
primera media hora de todo menos del ob-
jeto porque se han reunido. Pasados los trein-
ta minutos de ordenanza, se manda por un
pliego de papel, y el padrino que tiene mejor
letra, redacta lo rutinario, haciendo constar
que si bien es verdad que el apadrinado de
los de una parte dijo ajos, no puede olvidar-
se que el apadrinado de la otra dijo cebol-
las.

Que tomando en cuenta, que el valor rela-
tivo de los ajos, es igual al de las cebollas,
ambos duelistas profririeron ofensas de igual
bulto.

Que si por uno no hubo intención de que
los ajos picaran, tampoco por el otro la hu-
bo de que lo hicieran las cebollas.

Indudablemente el acta es un arma que no
hace grandes destrozos en el organismo.

Yo creo que a ese invento que la humani-
dad acepta como conservador del pellejo, se
debe el que por quitame allá esas pajas se
promueva un duelo, a cada paso.

Las condiciones que se necesitan hoy para
llenar cumplidamente el cometido de padri-
no, es saber redactar de modo que todos que-
den con razón y ninguno sin ella.

Aquello de batirse a primera sangre ó a
muerte, pertenece a la historia. La cuestión
de los duelos no es más ni menos que dejar el
honor de ambas partes, tan transparente como
cristal de bohemia.

Tienen algunos caballeros su honra tan
vidriosa, que cualquier vagatela se las quie-
bra, obligándolos a arrojar el guante aunque
para ello sea preciso comprarse un par. Un
guante en los duelos, es el epigrafe de un
poema.

Cuando se ve en la calle un guante utili-
zando para el servicio, parece que está dicen-
do «Caballero, ya puede buscar padrinos.»

A mí me ocurrió un lance en Barcelona
una tarde de Otoño, paseando por la Rambla
que aun al recordarlo me espeluzna.

En aquella época era ya bastante más cur-
si que lo soy ahora, sin que por eso crean que
tedes que no lo sea aun en alto grado. Me de-
ba por vestir con los colores más vivos del
arco-iris, y jamás dejaba de usar guante.

Miren ustedes, si sería cursi, que general-
mente llevaba uno puesto, y el otro en forma

de puñal en la otra mano, con el que jugue-
teaba, como las señoras con los abanicos de
invierno.

En uno de mis paseos, y en otro de mis
coquetones juegos con el guante de la mano
derecha, más amarillo por cierto que todos
los canarios juntos de buena raza, acertó a
caerse, pero con la inoportunidad de hacerlo
sobre los pies de un «catalanazo» joven, con
una estatura que daba miedo. El catalán se
agachó, cogió el guante, sacó una tarjeta y
la puso en mis manos.

Yo que ni remotamente, entendí lo que
quería decirme, le di un millón de gracias, y
le dije:

—Siénto no llevar una mia para tener el
gusto de cambiarla.

—Cómo se llama V., me dijo secamente.

—Anselmo Gallina, para lo que V. guste
mandar.

—¿Dónde reside V.?

—Fonda de Europa cuarto núm. 14.

—Allí enviaré los padrinos.

—¿Los padrinos?... ¿para qué?...

—Para que arreglen el duelo.

—Caballero, V. me ha tomado por otro, yo
no tengo afición a los duelos.

—Usted lo ha provocado.

—¿Yo?...

—Mañana irán los padrinos.

Me dijo la mano y echó a andar.

Francamente confieso que se me quitaron
las ganas de seguir peleando y hasta de co-
mer.

Señor, me decía yo; ¿qué te habré hecho a
ese Rinoceronte, para que quiera quitarme
de enmedio?... si, porque yo... yo... yo no lo
quito a él.

Aquella noche la pasé soñando con todas
las armas blancas, negras y de todos los co-
lores.

Los nervios se me habían alterado incon-
mensurablemente, momentos hubo en que
creía tener el hilito de San Vito.

Todo ello debía ser algún extraño fenómeno
producido por el miedo, porque aunque yo
quería hacerme creer que era coraje, si el
coraje nace del valor, yo ahora reconozco a
sangre fría que lo que es el valor, estaba
aquella noche a muchas leguas de mí.

A la mañana del día siguiente, me levanté
temprano, hice mi maleta, tomé un chocol-
late, por que estaba desmayado, y cuando me
dispusiera a irme a la estación para tomar el
tren de cualquiera parte, un camarero me
anunció la visita de dos señores.

Un calor súbito subió a mi rostro y una
comoción general me hizo temblar como un
azogado.

Sacando fuerzas de flaqueza, dije al ca-
marero que les hiciera pasar y en efecto al
momento entraron en mi habitación los dos
padrinos que sin tartamudear, me dijeron
inmediatamente el objeto que les llevaba,
exigiéndome el nombre de las personas con
quienes debían entenderse.

Yo les hice toda clase de reflexiones, sin
omitir el detalle de que mi guante no había
sido arrojado, sino caído casualmente. Tam-
bién les advertí mi horror a los duelos, pero
ellos impertérritos y firmes en la idea me es-
cuchaban como si yo dijera al rey, compa-
dres.

Visto que no tenía escape ante aquellos
testarudos caballeros, y en la lucha de que
no podía vencerlos en Barcelona, los
hice pasar a la hora del almuerzo, y en
aquel momento mis compañeros de fonda se
reunieron en el comedor, bajé con aquellos
dos «guardias civiles» que me guardaban,
conté públicamente mi breve historia y supliqué
que me prestaran auxilio sirviéndome de pa-
drinos.